Antonio G. Iturbe / Alex Omist

La Isla de Susú

Un jardín en el fondo del mar

La Isla de Susú

Un jardín en el fondo del mar

Este libro es de

_____

A Néstor y Darío.

Proyecto y dirección: EDEBÉ
© Texto: Antonio G. Iturbe
© Ilustraciones: Alex Omist
Dirección editorial: Reina Duarte

© Edición: Edebé, 2014
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41
contacta@edebe.net

1.ª edición, marzo 2014

ISBN 978-84-683-1172-2
Depósito Legal: B. 26057-2013
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

La Isla de Susú

Un jardín en el fondo del mar

Antonio G. Iturbe / Alex Omist

edebé

Índice

Una isla muy jopeta 7

Un jardín pasado por agua 26

¡Me quedo sin aire! 38

Un problema muy chocante 55

¡Vaya corte! 72

Una isla muy jopeta

Susú es la única pasajera del *Lady Marian*, un pequeño barco que lleva mercancías y suministros a la lejana **Isla Marabú**. Los enormes **OJOS NEGROS** de la muchacha miran hacia el minúsculo pedazo de tierra en medio del mar, al que se van acercando lentamente.

El **capitán Krug** sale también a cubierta. Es un marino muy experimentado y, después de mucho navegar por todos los mares, visitar muchos puertos y tratar a gente muy diversa, ha llegado a una conclusión científica: la gente está muy mal de la cabeza. Toda la gente del mundo mundial, pero muy especialmente la de esa **isla**.

—Hay que estar mal de la cabeza para irse a vivir a un lugar como **Isla Marabú** —dice el capitán mirando hacia la pequeña **isla**.

—¡¡¡Coooompletamente equivocado!!!

La respuesta ha sido un chillido en un tono muy desagradable y con una voz horrible, como de megáfono estropeado.

El **capitán Krug** es un marino muy serio y no le gusta nada que le lleven la contraria a gritos. Por eso se queda muy sorprendido de que esa jovencita, que parecía tan prudente, conteste de tan malas maneras.

—Señorita, debería ser más educada.

—¡¡¡Coooompletamente equivocado!!!

El capitán esta vez se queda estupefacto, porque la muchacha le ha soltado ese grito sin mover los labios ni abrir la boca.

—¿Cómo es posible? ¿Qué misterio es este? ¿También yo me estoy volviendo loco?

Susú sonríe.

—No le haga caso, capitán. Es **Tío Rufus**.

—¿Cómo?

Por debajo de la chaqueta de Susú asoma la cabeza un loro azul, con unos ojos rojos y pinta de tener malas pulgas.

—¿Qué pajarraco es este? ¿Una cacatúa?

—¡¡¡Coooompletamente equivocado!!!

—Es el loro de la familia. Cuando me decidí a ir a vivir a **Isla Marabú**, mis padres me pusieron una condición: que viniera conmigo **Tío Rufus** para que cuidase de mí.

—¡Qué idea más absurda! ¡Los loros no sirven para nada!

—¡¡¡Completamente equivocado!!! —chilla irritadísimo **Tío Rufus**.

—Es un poco cascarrabias, pero la verdad es que casi siempre tiene razón en lo que dice.

—¿Y para qué vienes a esta **isla** tan alejada, en medio del mar?

—Estudié jardinería..., pero una especialidad un poco rara: jardinería submarina. Así que el mejor sitio para crear mi jardín en el fondo del mar es una **isla**. Espero que los vecinos sean simpáticos.

—¿Simpáticos? Yo creo que están todos locos. Por un lado, está la **señora Pomponius**. Es la dueña de la *Posada del Marinero*, un hotel para que se hospeden los visitantes en una **isla** que no visita nadie. También está la **familia Karité**. Son pescadores y viven en una cabaña de madera y hojas de palmera. Se pasan el día asando pescado, tumbados en hamacas o bailando... ¿Te imaginas qué vida tan terrible?

—A mí no me parece tan mala.

—Después está el farero chino.

—Según usted, ¿también está loco?

—Rematadamente chiflado: cuando habla, no hay quien entienda lo que dice. Y luego está el viejo pirata, el **almirante Doblón**, que también está como una cabra.

—Parece una **gente divertida**. Seguro que nos hacemos amigos.

El capitán Krug suspira. Piensa que esa muchacha y su loro gruñón están un poco locos. Al capitán Krug le parece que el mundo, en general, está loco.

—Discúlpame, estamos llegando a la isla y he de prepararme para la maniobra de entrada en el puerto.

Isla Marabú tiene unos acantilados rocosos contra los que chocan las olas. Pero lo que sobresale de manera más imponente es la Montaña Gris, un antiguo volcán apagado, y la torre del faro.

—Creo que aquí lo vamos a pasar muy bien, Tío Rufus.

—¡¡¡Completamente equivocado!!!

En el pequeño puerto hay una señora esperando el barco. Lleva un sombrero disparatado, enorme, de mil colorines.

—¿Ha tenido un buen viaje, capitán Krug? —le pregunta.

—Magnífico. Y además de sus provisiones para el hotel y las nuevas palas para el **almirante Doblón**, traigo a una pasajera…

—¡Completamente equivocado! —se oye gritar.

—Bueno… —reconoce a regañadientes—, a dos pasajeros.

Susú baja por la pasarela con su maleta y sus herramientas de jardinería. La mujer del sombrero gigante como una sombrilla la saluda.

—Bienvenida. Soy la **señora Pomponius**. En la *Posada del Marinero* tenemos habitaciones de todos los colores... Bueno, nos falta una habitación naranja, pero si tu color favorito es el naranja, puedo pintar el techo del hotel de naranja y así te sentirás como en casa. También servimos la mejor tortilla de mejillones que hayas probado nunca. ¡A todo el mundo le encanta mi tortilla de mejillones con zanahorias! Seguro que os va a encantar.

—¡Completamente equivocado!

—**Tío Rufus**, no sea tan gruñón. Ya verá como esta riquísima.

—Comple...

Susú cierra su chaqueta de golpe y empuja hacia dentro la cabeza del loro. Aunque, pensándolo bien, ¿a qué demonios sabrá una tortilla de mejillones y zanahorias?

El **capitán Krug** llega con unos paquetes. Mira a la extrava-

gante **señora Pomponius** y le guiña un ojo a Susú, como diciéndole: «Ya te lo advertí, aquí en esta **isla** están todos chalados».

Susú le explica a la **señora Pomponius** que va a vivir en la Casa de los Buzos.

—¡Esa casa es muy húmeda! ¡Está pegada al mar!

—Precisamente por eso será perfecta. Estoy deseando llegar. ¡Tengo prisa por instalarme!

Susú siempre tiene prisa. Le gusta hacer las cosas a toda velocidad.

La mujer le indica el camino y Susú se va arrastrando su maletón de ruedas y sus peceras con algas. Pero lleva tantos paquetes que se le cae todo. Cuando se agacha a recoger una bolsa, se le cae otra.

—**¡Jopeta!** ¡Así no voy a llegar nunca a la casa! —se dice.

Justo entonces se asoma detrás de una roca alguien vestido con un taparrabos y un montón de tatuajes por todo el cuerpo. Alarga las dos manos hacia ella y…

—¡Aaaahhh! ¡¡¡Me quiere agarrar un salvaje!!! —grita Susú.

Tío Rufus asoma el pico a ver qué sucede y, al ver la cara pintarrajeada de aquel individuo armado con un palo, vuelve a meter la cabeza dentro de la chaqueta. Susú deja todas sus cosas tiradas en el suelo y sale corriendo a velocidad supersónica. Toma el primer sendero que ve. Y siente cierto alivio al descubrir que es el camino del faro. Gira la cabeza y ve que el salvaje la sigue. Piensa que tal vez allá arriba encontrará ayuda.

En la puerta del **faro** ve a un hombre sentado en una vieja silla de madera, con el pelo muy blanco y los ojos alargados como si fueran la ranura de una hucha. Susú llega acelerada, casi sin aliento.

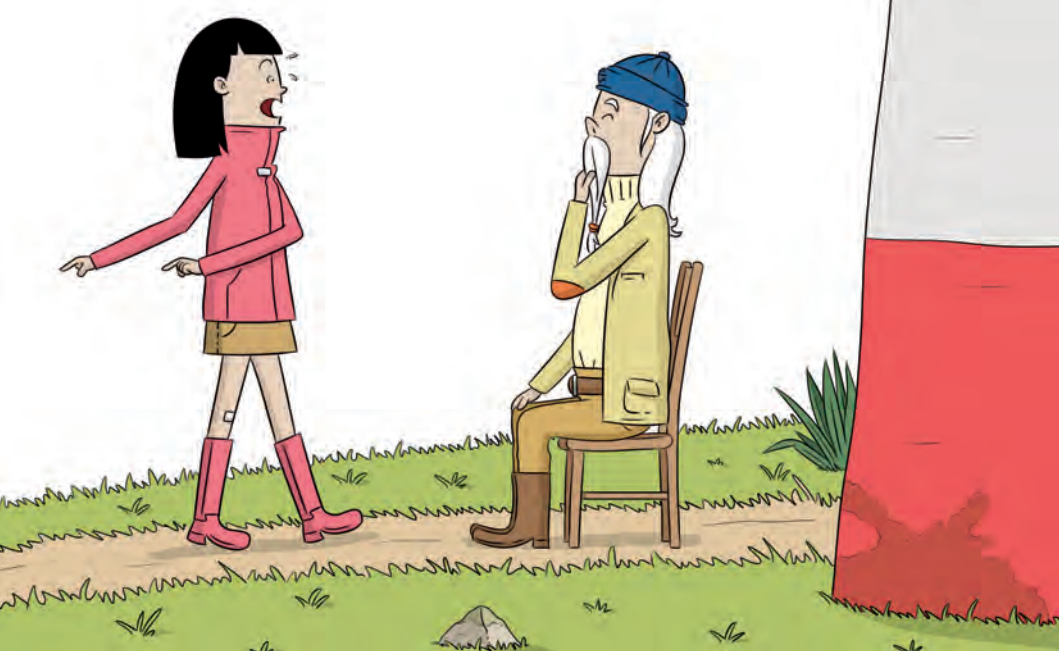
—¡Ayúdeme, por favor!

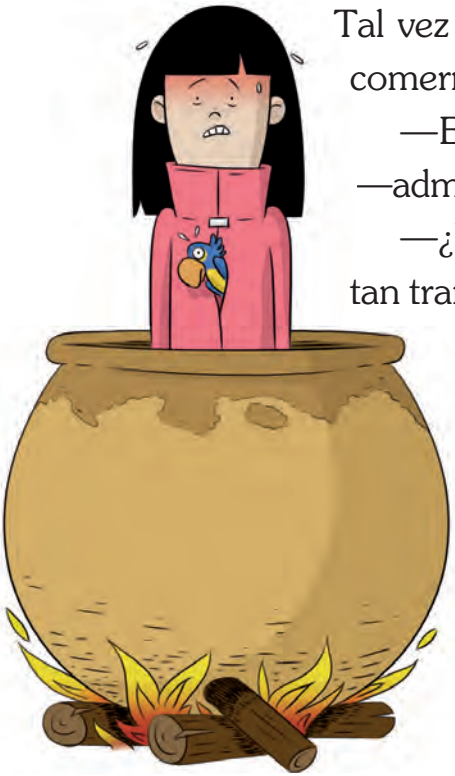
El hombre gira despacio la cabeza hacia ella, pero no parece alterarse.

—¡Estoy en peligro! —le dice.

—¿En peligro, muchacha? ¿Y qué peligro es ese?

—Hay un salvaje que viene detrás de mí.





Tal vez sea un caníbal... ¡Podría comerme!

—Esa es una posibilidad —admite.

—¿Y qué hace ahí sentado tan tranquilo? ¡Haga algo! **¡Llame a la policía!**

—Bueno, tú misma has dicho que podría comerte. Esa es una posibilidad. Pero ¿has pensado en otras posibilidades?

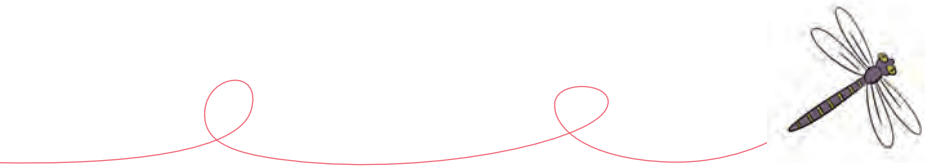
—¿Qué quiere decir?

—¿Por casualidad se te ha ocurrido preguntarle qué quería?

—¿Está de broma? ¿Qué quería que le preguntase? ¿Si me iba a cocinar en una cazuela con patatas o me iba a asar a la parrilla con un **toque de perejil**?

—¿Y si lo que quería era otra cosa?

—Apareció de golpe y del susto casi se me



sale el corazón por las orejas. ¿Cómo me iba a parar a preguntar nada?

—Pues ahora podrás preguntárselo.

El salvaje, descalzo y vestido con un calzón de piel, se acerca por el camino. Susú está a punto de ponerse a gritar. Pero en ese momento ve cómo el anciano se levanta de la silla y lo llama.

—Amigo Maui.

El salvaje le sonríe.

—Es un placer saludarlo, señor Zin.

Susú se queda aún más sorprendida al comprobar la manera tan educada en que se expresa.

—Creo que le has dado un buen susto a esta señorita.

Entonces el muchacho tatuado se pone serio.

—¡Vaya! Cuánto lo lamento. Discúlpame. Quizá he sido un poco brusco. Es que vi que no podías cargar bien tus paquetes y quería ayudarte.

—Maui es el hijo de la familia Karité. Viven en una preciosa cabaña al otro lado del lago. A los maorís les encanta tatuarse la piel. Para ellos es una tradición de muchos siglos. Respecto a sus gustos gastronómicos, que yo sepa, sólo comen pescado y verduras. Nada de turistas.

El señor Zin mira de reojo a Susú, que se ha puesto roja como un semáforo.

—Yo creía que él... —empieza a decir.

Por debajo de su chaqueta se escucha una voz.

—¡Completamente equivocado!

Y Susú tira con fuerza de la cremallera para dejar encerrado a ese incordio de loro.

—Tú creíste que te iba a comer —dice con una sonrisa el señor Zin—. Pero las cosas que creemos no son siempre acertadas. En realidad, casi siempre, nada es lo que parece.

—Es que yo lo vi...

—Yo creo que no.

—¡Claro que lo vi! ¡Salió de improviso de detrás de una roca!

—Tú no lo viste, únicamente lo miraste y saliste corriendo.

—Lo vi, lo miré… ¿Qué diferencia hay?

—Mirar es poner los ojos encima de las cosas. Ver es poner la cabeza.

—¿La cabeza?

—Claro. Además de mirar, uno ha de darse cuenta de qué es lo que está viendo.

Maui estira otra vez sus dos manos hacia ella. Y Susú da un salto hacia atrás, atemorizada.

—Es su manera más formal de saludar —le aclara riendo el señor Zin—. Nosotros damos una mano para saludar a alguien. Pero eso es sólo la mitad de lo que tenemos. Ellos son más generosos: dan las dos. Dan todo lo que tienen.

Susú, un poco desconfiada, le estrecha las dos manos. Entonces Maui se las levanta hacia el cielo y luego las empuja hacia abajo, como en una danza. ¡Es el saludo más divertido que ha hecho nunca!

Al fijarse mejor, Susú se da cuenta de que el muchacho tiene una brillante piel tostada, un

cuerpo atlético y unos preciosos ojos grises que parecen un pozo de agua. Susú se siente totalmente tonta. ¡Mira que salir corriendo de un chico tan amable y tan guapo!

—Maui..., mi nombre es Susú. Te pido disculpas. Aquí la única salvaje soy yo, que voy demasiado acelerada.

El señor Zin y el propio Maui se echan a reír.

—Me parece —dice el anciano farero— que vamos a ser buenos amigos.